

Perspectivas del cristianismo en la encrucijada actual.

Jaime EYZAGUIRRE

Las posibilidades de realización de una nueva cultura cristiana, análoga a la que floreció en los tiempos de la Edad Media o en la época del Renacimiento español, ha sido en los últimos años materia muy escogida para el estudio y reflexión de los pensadores católicos. Han abundado las razones de éstos para considerar viable el retorno a la Cristianidad y para inculcar y difundir un marcado optimismo al respecto. Hasta dónde es valedero este cúmulo de argumentos, alentados por la situación renaciente de la Iglesia en algunos países donde había con anterioridad perdido terreno, nos lo irán diciendo con exactitud los hechos, particularmente el día en que cese el golpe fratricida de las armas que tiene angustiado al mundo. Pero desde ahora, y sin necesidad de aguardar la sedimentación de estos acontecimientos de dolor, podremos no obstante avanzar algunas consideraciones en la materia y por cierto que sobre fundamento más seguro, ya que la luz de la Revelación concretada en las páginas de la Sagrada Escritura es capaz de orientarnos mejor a la verdad que la más brillante de las elucubraciones filosóficas.

Intentamos ya en otra ocasión desentrañar, con tan precioso auxilio, lo que hemos llamado el nervio teológico de la historia, y ahora traeremos someramente al recuerdo nuestros resultados, pues ello permitirá entender con mejor lógica el hilo de las consideraciones que aduciremos en el curso del presente artículo (1).

(1) Véase nuestro ensayo: "Contenido y experiencias de la Cultura Cristiana", publicado en "UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA", Vol. III, N° 10 y presentado por la delegación chilena al II Congreso Ibero-Americano de Estudiantes Católicos.

Mirada la historia desde el ángulo divino, no es ella otra cosa que la manifestación del Amor, la expresión incontenida de esa ternura que no se guarda en el marco gigante de la Trinidad sino que se desborda a las creaturas con generosidad de misterio. Esta expresión del amor se desdoblada en la cinta angosta del tiempo en dos escenas de milagro. La primera, que se abre con la creación del hombre y se prolonga de preferencia en el curso de la vida del pueblo de Israel, importa de parte de Dios la manifestación de su Unidad. El la afirma con vigor y la acentúa con admirables concreciones al través de la historia de la nación judía, custodia de esta verdad en medio de la tenebrosa apostasía del politeísmo.

Pero Dios no detiene allí su poder revelador, sino que lo alarga a una segunda escena, íntimo complemento de la anterior, en que exhibe el secreto de la Trinidad, al través de etapas sucesivas de acción preferente de cada una de las Divinas Personas.

El primero de los estadios de este nuevo ciclo tridimensional es la Edad del Espíritu Santo, que se traduce en el llamado universal de las naciones a la Iglesia y en la preparación progresiva del reino del Verbo Encarnado que ha de constituir, llegada la plenitud de los tiempos, la segunda etapa. Es el período en que aún transcurre la humanidad, de lento esparcimiento de la semilla por la obra del Espíritu en las almas, hasta lograr el triunfo total de Cristo, nuevo Adán restaurador de todas las cosas. Porque, al decir de San Pablo, "ahora, empero, no vemos que todas las cosas le estén todavía sujetas" (Hebr. II, 2), y sabemos, sin embargo, por la promesa eterna del Padre, que a El le ha sido dado el reino sobre todo lo creado y que llegará la hora en que las potestades rebeldes de la tierra deberán humillársele por entero: "Tú eres mi Hijo; Yo te engendré hoy. Pídeme y te daré las naciones por herencia y por posesión tuya los términos de la tierra. Los quebrantarás con vara de hierro; como vaso de alfarero los desmenuzarás" (Sal. II, 7-9). La hora del abatimiento de los enemigos de Cristo, que es como decir la llegada de la Edad del Hijo, está ya fijada desde la eternidad y se confunde con la manifestación gloriosa de Este en su segunda venida. Entonces, obtenido el triunfo, el Hijo hará entrega del reino al Padre, sellando con esta tercera dimensión el curso dramático de la historia: Y "luego que todas las cosas le estuvieren a El sujetas, entonces el mismo Hijo se su-

jetará al que las sujetó todas, a fin de que en todas las cosas todo sea de Dios" (1 Cor. XV, 28).

Conociendo este plan divino, claramente diseñado en la Escritura Santa, ¿qué actitud le cabe adoptar al cristiano de nuestros días caliginosos? ¿Puede él abrigar la esperanza de una posible renovación análoga de las culturas florecidas a la vera de la Iglesia en otros tiempos? Procuraremos dar una respuesta realista a estas interrogantes, afirmándonos también para ello, más que en el fundamento de nuestra razón, en el testimonio de la Revelación divina.

En el plan del reino de Dios, la época en que vivimos—y que denominamos Edad del Espíritu Santo—tiene por misión preparar el triunfo total de Cristo, que se realizará con su segunda venida. Y esta preparación consistirá, por una parte, en comunicar a los hombres de buena voluntad el mensaje de amor del Hijo, y por otra, en desdoblar paulatinamente ante los ojos del mundo, mediante un proceso continuado de experiencias, la sentencia de su condenación, que Cristo promulgó desde la cruz. El mundo será acusado de pecado porque no quiso creer en Jesucristo, enviado por el Padre a traerle la salud; se hará sobre él justicia porque, en lugar de recibir a Jesucristo con júbilo, lo desechó, por cuyo motivo El se volvió al Padre; y se realizará la aplicación total, hasta ahora suspendida, del fallo del Hijo de Dios, contra el demonio, señor del mundo y del pecado. Esta misión del Espíritu Santo durante el tiempo de la ausencia de Cristo, la señaló Jesús a sus discípulos en estos términos: "Cuando El viniere, redargüirá al mundo de pecado y de justicia y de juicio. De pecado, ciertamente, por cuanto no creen en Mí, y de justicia, por cuanto voy al Padre y no Me veréis más, y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo está juzgado" (Juan XVI, 8-11).

Sabemos también por la propia revelación de Jesús que entre los signos precursores de su segundo advenimiento, que es como decir entre las etapas finales de esta Edad que llamamos del Espíritu Santo, estarán el debilitamiento de la caridad en los cristianos y la aparición de doctri-
neros de mentira que sugestionarán a las masas con sus falaces teorías: "Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos. Y por haberse multiplicado la maldad, la caridad de muchos se enfriará" (Ma-

teo, XXVI, 11-12). Y este tipo de embaucador acabará por usurpar en la sociedad el sitio de Dios, arrebatando a El sus atributos y honores: "Oponiéndose y levantándose contra todo lo que se llame Dios o que se adora; tanto que se asiente en el templo de Dios como Dios haciéndose parecer Dios" (2 Tes. 3-4).

He ahí el desenvolvimiento ineludible, porque profetizado, de ese cuerpo de apostasia que comunmente se llama el Anti-Cristo y que el Apocalipsis, al simbolizar en una bestia, exhibe como triunfador sobre la verdad y dominador de toda la tierra: "Y le fue permitido hacer guerra contra los santos y vencerlos; y le fue dada autoridad sobre toda tribu y pueblo y lengua y nación" (XIII, 7).

Confrontando lo anterior con la experiencia histórica hasta ahora recogida, podemos establecer que el misterio de iniquidad, sin dejar de obrar como lo ha hecho en todas las edades, ya que hasta el retorno de Cristo la cizaña y el trigo actuarán mezcladas, ha tomado en los últimos tiempos un desarrollo inusitado. La exaltación del hombre, que adquiere con el Renacimiento un impulso desconocido, ha ido provocando sucesivamente la apostasia de los grupos intelectuales, de los hombres de Estado y de las masas. El hombre de nuestros días es un emancipado de Dios, un enemigo de Dios. El ateísmo es el supuesto inicial del poderoso movimiento comunista y es, a la vez, la resultante inevitable de las doctrinas fascistas. Y la negación que por ambas posturas ideológicas se hace de Dios, adopta en la práctica las formas más variadas: va de la franca destrucción material de los templos y asesinato de sacerdotes y fieles, al sutil y demoníaco intento de soborno de la Iglesia, cuyo origen extratemporal se niega, pero cuya influencia en los hombres se quiere aprovechar. En un caso se repite la acción de Juliano el Apóstata, que quiso borrar todo vestigio de la doctrina de Jesús, y en el otro se remeda la postura de Simón el Mago, que intentó comprar a los Apóstoles el poder de hacer milagros.

El hombre moderno, que ha negado la realidad de lo sobrenatural, se ve, no obstante, precisado, en su anhelo instintivo de lo trascendente, a buscar dentro de sí mismo el material apto para forjar una nueva mística. Y al sacar los valores naturales de su rol propio, acaba por encerrarse en el mundo de las sublimaciones mentirosas. El Estado, los detentadores del poder, la clase, la sangre y la raza, que el comunismo y

el fascismo han levantado como emblemas de salvación, no son más que otros tantos desbordes de la egolatría en que se mueve el hombre moderno desde su apartamiento de Dios. Con razón ha podido decir S. S. Pío XI que: "Cualquiera que tome la raza, o el pueblo, o el Estado, o las formas de Estado, o los depositarios del poder — cosas todas que tienen en el orden terrestre un lugar necesario y honorable — cualquiera que tome estas nociones para retirarlas de esta escala de valores y las diviniza por un culto idólatra, éste da vuelta y falsea el orden de las cosas creadas y ordenadas por Dios, éste está lejos de la verdadera fe en Dios y de una concepción de la vida que responda a esta fe" (Encíclica "Mit brennender Sorge", 14-III-1937).

Frente a este mundo que ha renegado de la eficacia de lo sobrenatural y ha ido exaltando a alturas de Divinidad a los ídolos forjados por la locura egolátrica del hombre; frente a este mundo que parece ir prelujiando las etapas finales de la Edad del Espíritu Santo, ¿qué actitud le cabe asumir al cristiano de verdad, que ha logrado preservarse de la corrupción del siglo y guardar con firmeza el tesoro de la fe, de la esperanza y de la caridad?

Nos parece que la tarea del cristiano de nuestros días no es tanto la de abordar la construcción de una nueva cultura, como la de servir a cada paso, en las circunstancias de la vida diaria, de testimonio vivo a la palabra de Cristo en medio del mundo que lo ha desechado.

Las culturas cristianas han sido, después de todo, la floración de la vida interior, el desborde al ámbito social del contenido de las almas, y sobre la base del hombre moderno, que niega a Dios, es ilusorio intentar una construcción temporal con miras a lo eterno. Por otra parte, el cristiano de nuestros días dispone de un acervo valioso de que carecieron sus predecesores de otros siglos y es la larga perspectiva de la historia que le exhibe el fracaso a que a la postre llegaron las diversas culturas de estirpe cristiana al pretender santificar otros medios que los humildes y despreciados del Evangelio.

El Espíritu Santo, fiel a su misión, ha ido señalando a la humanidad, a través de una serie de experiencias, la imposibilidad de instaurar el reino de Dios con los recursos del pecado, únicos que el mundo es capaz de suministrar: "Si alguno lleva en cautiverio, al cautiverio irá; si alguno mata con espada, es preciso que él sea muerto con espada. En

esto está la paciencia y fe de los santos" (Apoc. XIII, 10). Y el cristiano moderno ha de recoger esta lección, si no quiere esterilizar su labor y desembocar en una derrota inevitable. Por otra parte, la apostasía general y la usurpación del lugar de Dios por los ídolos del neopaganismo, que distinguen nuestra época de las anteriores, parecen ubicar la misma, como lo dijimos ya, en las postrimerías de la Edad del Espíritu Santo, e identificar sus signos con los señalados por Cristo como precursores de su segundo advenimiento.

La generación en nuestros días de un nuevo tipo de cultura cristiana se presenta de esta manera como un resultado bastante dudoso de alcanzar. En todo caso, buscar al mensaje de Jesús dentro de una sociedad atea una formulación institucional, análoga a la realizada por las anteriores culturas de inspiración cristiana, nos parece hoy una labor irreal, si antes no va precedida de una tarea lenta y callada de reconquista de las conciencias perdidas. Y el éxito de esta acción dependerá de la mayor confianza del cristiano en los efectos transformadores de la Gracia. Precisa, pues, en primer término, recobrar al hombre para Dios mediante una entrega ilimitada del cristiano al poder de lo sobrenatural, único capaz de verter en su vida diaria signos de caridad heroica. Cumplido el requisito de formar el elemento humano, puede que brote un intento parcial de cultura cristiana. Pero éste vendría a generarse, no como consecuencia de movimientos políticos, revoluciones o guerras, sino como un resultado más de la acción reevangelizadora del mundo apóstata y de la reconquista de los corazones para Cristo por el poder de la fe y del amor.

Santiago de Chile, abril de 1941.
